
EL USO DEL CONOCIMIENTO EN LA SOCIEDAD

Friedrich A. Hayek

Tomado de *American Economic Review* XXXV, 4, septiembre de 1945. Traducción de Freddy Cante y Alberto Supelano.

Resumen

Hayek, Friedrich A. "El uso del conocimiento en la sociedad", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 30, Bogotá, 1999, páginas 331-345

La corriente económica principal adolece de dos graves errores: transplanta los métodos de las ciencias puras en las que se puede obtener y controlar toda la información pertinente al estudio de los fenómenos sociales; reduce el análisis económico al formalismo matemático de la lógica pura de la elección. Pero cuando se reconoce que el conocimiento está disperso entre los diversos miembros de la sociedad y que cada persona posee fragmentos de conocimiento a los que sólo ella tiene acceso en razón de sus circunstancias específicas de tiempo y lugar, el problema económico esencial es el de la coordinación y utilización de los saberes individuales, es decir, de la transmisión y uso de los conocimientos relevantes para tomar las decisiones económicas, que nunca están al alcance de un individuo o de una autoridad central.

Abstract

Hayek, Friedrich A. "The use of knowledge in society", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 30, Bogotá, 1999, pages 331-345

The major economic approach suffers from two serious errors: it transplants the methods of the pure sciences—in which all relevant information can be obtained and controlled—to the study of social phenomena; and it reduces economic analysis to the mathematical formalism of the pure logic of choice. But when it is recognized that knowledge is dispersed among diverse members of society and that each person possesses fragments of knowledge to which only that person has access due to his/her specific circumstances of time and place, the essential economic problem becomes that of the coordination and use of individual knowledges, that is, of the transmission and use of the relevant knowledges for making economic decisions, which are never within the reach of an individual or a central authority.

¿Cuál es el problema que buscamos resolver cuando intentamos construir un orden económico racional? La respuesta es muy simple dados algunos supuestos bastante conocidos. Si poseemos toda la información relevante, si podemos partir de un sistema dado de preferencias y si disponemos de un conocimiento completo de los medios disponibles, el problema es de simple lógica. Es decir, la respuesta a la pregunta de cuál es el mejor uso de los medios disponibles está implícita en nuestros supuestos. Las condiciones que debe satisfacer la solución de este problema de optimización han sido establecidas plenamente y se pueden enunciar mejor en forma matemática: para usar la formulación más sencilla, las tasas marginales de sustitución entre dos mercancías o factores cualesquiera deben ser idénticas en todos sus diferentes usos.

Sin embargo, éste *no* es el problema económico que enfrenta la sociedad. Y aunque el cálculo económico que se ha desarrollado para resolver este problema lógico es un paso importante en la solución del problema económico de la sociedad, no ofrece aún ninguna respuesta debido a que los 'datos' de los que parte el cálculo económico —los que corresponden a la sociedad como un todo— nunca son 'datos' a una mente individual que pueda deducir las implicaciones y, por tanto, nunca están dados.

El rasgo peculiar del problema de un orden económico racional consiste, justamente, en que el conocimiento de las circunstancias que debemos utilizar nunca existe en forma concentrada o integrada sino como fragmentos dispersos de conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio, que los individuos poseen por separado. El problema económico de la sociedad no es, entonces, un mero problema de cómo asignar unos recursos 'dados'—si 'dados' significa dados a una mente individual que resuelve deliberadamente el problema 'plantado por los 'datos'. Se trata, más bien, del problema de cómo asegurar el mejor uso

de los recursos que conocen algunos miembros de la sociedad, para fines cuya importancia relativa sólo conocen esos individuos. O, en forma más breve, del problema de usar un conocimiento que no está dado a nadie en su totalidad.

Me temo que muchos de los refinamientos recientes de la teoría económica han oscurecido este rasgo del problema fundamental en vez de aclararlo, en particular muchos de los que recurren a las matemáticas. Aunque el problema que trato en este artículo es, ante todo, el de la organización económica racional, mencionaré una y otra vez sus íntimas conexiones con algunas cuestiones metodológicas. Muchas de las ideas que expongo son, en realidad, conclusiones hacia las que han convergido, inesperadamente, diversas líneas de razonamiento. Pero, tal como hoy veo esos problemas, esto no es accidental. Me parece que muchas de las disputas actuales, tanto en teoría como en política económica, se originan en una concepción errónea de la naturaleza del problema económico de la sociedad. Esta concepción errónea obedece, a su vez, a una transferencia equivocada al estudio de los fenómenos sociales de los hábitos de pensamiento que desarrollamos para tratar fenómenos naturales.

En el lenguaje corriente usamos la palabra 'planeación' para designar la red de decisiones sobre la asignación de los recursos disponibles. Toda actividad económica es, en este sentido, planeada; y en cualquier sociedad en que colaboren muchas personas, esta planeación, quienquiera que la haga, se basa en alguna medida en un conocimiento que, en primera instancia, no está dado al planificador sino a algún otro, y que se transmite de algún modo al planificador. El problema esencial para cualquier teoría que busque explicar el proceso económico es el de las diversas formas en que se transmite a las personas el conocimiento en que se basan sus planes, y el problema de cuál es la mejor forma de utilizar el conocimiento inicialmente disperso entre todas las personas es uno de los principales problemas de la política económica o del diseño de un sistema económico eficiente.

La respuesta a este problema se relaciona íntimamente con la pregunta de *quién* hace la planeación. Todos los debates acerca de la 'planeación económica' giran a su alrededor. No se debate si se debe o no planear. Se discute si la planeación debe ser centralizada, en manos de una autoridad que rige el sistema económico, o si se debe ejercer entre muchos individuos. El término planeación, en el sentido específico en que se usa en el debate contemporáneo, significa necesariamente planeación centralizada o dirección del sistema económico de acuerdo con un plan unificado. El término competencia, por su parte, significa planificación descentralizada por parte de muchas personas separadas. El camino intermedio, del que muchos hablan pero que poco gusta a quienes lo exa-

minan, es la delegación de la planeación en industrias organizadas o, en otras palabras, en monopolios.

El más eficiente de estos sistemas será el que permita esperar un uso más pleno del conocimiento existente. Esto depende, a su vez, de si hay mayor probabilidad de éxito cuando todo el conocimiento que se debe utilizar, pero que inicialmente está disperso entre muchos individuos diferentes, se pone a disposición de una autoridad central o cuando se transmite a los individuos el conocimiento adicional que requieren para que puedan acoplar sus planes con los de los demás.

En un momento se hará evidente que la posición sobre este punto será diferente con respecto a los distintos tipos de conocimiento. La respuesta a nuestra pregunta empezará, entonces, con la importancia relativa de los distintos tipos de conocimiento: aquellos que con mayor probabilidad estén a disposición de los individuos particulares y aquéllos que podemos esperar con mayor confianza que estén en posesión de una autoridad conformada por expertos adecuadamente elegidos. El hecho de que hoy se suponga en forma general que estos últimos están en una mejor posición obedece a que un tipo de conocimiento —el conocimiento científico— hoy ocupa un lugar tan prominente en la imaginación pública que tendemos a olvidar que éste no es el único tipo de conocimiento relevante. Se puede admitir que, en lo que respecta al conocimiento científico, un cuerpo de expertos adecuadamente elegidos puede estar en la mejor posición para manejar los mejores conocimientos disponibles; aunque, por supuesto, esto sólo desplaza la dificultad al problema de elegir los expertos. Lo que quiero subrayar es que, aun suponiendo que este problema se pueda resolver fácilmente, ésta es sólo una pequeña parte de un problema más amplio.

Hoy es casi una herejía afirmar que el conocimiento científico no es la suma de todos los conocimientos. Pero una breve reflexión muestra, más allá de toda duda, que existe un cuerpo de conocimiento muy importante, pero desorganizado, que no es posible denominar científico en el sentido de conocimiento de las reglas generales: el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Con respecto a este conocimiento, prácticamente cualquier individuo tiene alguna ventaja sobre los demás por cuanto posee información única que se puede usar en forma beneficiosa, pero que sólo se puede utilizar si las decisiones que se refieren a ese conocimiento están en manos de ese individuo o se toman con su activa cooperación. Tan sólo debemos recordar cuánto hemos aprendido en cualquier ocupación luego de haber terminado nuestro entrenamiento teórico, qué parte tan grande de nuestra vida laboral hemos dedicado a aprender tareas particulares y qué activo tan valioso en todos los pasos de la vida es el conocimiento de las personas, de las con-

diciones locales y de las circunstancias específicas. Conocer y poner en funcionamiento una máquina que no se usa plenamente, utilizar mejor la habilidad de una persona o advertir la posibilidad de extraer un excedente cuando se interrumpe el abastecimiento es tan útil, desde el punto de vista social, como conocer las mejores alternativas técnicas. El fletador que se gana la vida utilizando lo que de otro modo serían barcos que viajan vacíos o casi vacíos, el agente de finca raíz cuyo conocimiento se refiere casi exclusivamente a oportunidades circunstanciales o el comerciante que obtiene ganancias debidas a las diferencias locales en los precios de las mercancías, desempeñan funciones eminentemente útiles que se basan en el conocimiento especial de circunstancias fugaces desconocidas por los demás.

Es curioso que este tipo de conocimiento sea hoy considerado con cierto desdén y que se piense que actúa en forma casi reprochable quien debido a ese conocimiento obtiene ventajas sobre quienes tienen mayores conocimientos teóricos o técnicos. El hecho de obtener ventajas gracias a un mayor conocimiento de los medios de comunicación o de transporte a veces se considera casi deshonesto, aunque sea tan importante que la sociedad haga uso de las mejores oportunidades a ese respecto como cuando utiliza los últimos descubrimientos científicos. Este prejuicio ha afectado en gran medida la actitud hacia el comercio en general en comparación con la actitud hacia la producción. Aun los economistas que se ven a sí mismos como seres totalmente inmunes a las burdas falacias del pasado cometen continuamente ese error en lo que concierne a las actividades encaminadas a adquirir tal conocimiento práctico, debido claramente a que, en su visión de las cosas, suponen que ese conocimiento es 'dado'. La idea común hoy, parece ser la de que todos esos conocimientos son un lugar común que está a disposición de cualquier persona y el reproche de irracionalidad que se lanza contra el orden económico existente se suelen basar en el hecho de que no son tan disponibles. Esta visión ignora que el problema que debemos resolver es, justamente, el del método que hace posible que el conocimiento sea lo más disponible posible.

La moda actual de minimizar la importancia del conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar está ligada estrechamente a la escasa importancia que hoy se atribuye al cambio como tal. De hecho, hay pocas ideas en las que los supuestos de los 'planificadores' (usualmente implícitos) difieran tanto de las de sus opositores como con respecto al significado y la frecuencia de los cambios que hacen necesario alterar sustancialmente los planes de producción. Por supuesto, si fuera posible mantener planes económicos detallados y ceñirse a ellos durante largos períodos, sin que se necesitaran importantes decisiones económi-

cas ulteriores, la tarea de diseñar un plan exhaustivo que dirija todas las actividades económicas sería menos descomunal.

Quizá valga la pena subrayar que los problemas económicos surgen siempre y únicamente a consecuencia del cambio. Cuando las cosas continúan como antes, o se espera que no cambien, no surgen problemas nuevos que requieran una decisión y no se necesita elaborar un nuevo plan. La creencia de que los cambios, o al menos los ajustes diarios, se han vuelto menos importantes en los tiempos actuales implica que los problemas económicos también se han vuelto menos importantes. Por esa razón, la creencia en la decreciente importancia del cambio suele ser defendida por las mismas personas que sostienen que la importancia de las consideraciones económicas ha quedado relegada por la creciente importancia del conocimiento tecnológico.

¿Será cierto que, con el refinado aparato de producción moderno, sólo se requieren decisiones económicas en largos intervalos, como cuando se va a construir una nueva factoría o se va a introducir un nuevo proceso? ¿Será cierto que, una vez se ha construido una planta, lo demás es más o menos mecánico, determinado por el carácter de la planta, y que hay muy poco que cambiar para adaptarse a las circunstancias siempre cambiantes del momento?

La difundida creencia en las respuestas afirmativas a estos interrogantes no ha surgido, hasta donde puedo discernir, de la experiencia práctica de los hombres de negocios. En una industria competitiva —y tal industria sólo puede servir de comprobación— la tarea de evitar el aumento de los costos exige una lucha constante que absorbe gran parte de la energía del gerente. La facilidad con que un gerente ineficiente dilapida los diferenciales en que descansa la rentabilidad y la posibilidad de que, con los mismos medios técnicos, se pueda producir con una enorme variedad de costos son lugares comunes en la experiencia de los empresarios, que no parecen ser igualmente familiares en los estudios de los economistas. La continua exigencia de los productores y los ingenieros para que se los libere de toda consideración de costos monetarios es un testimonio elocuente del grado en que estos factores intervienen en el quehacer diario.

Quizá una de las razones para que los economistas sean cada vez más propensos a olvidar los cambios constantes y pequeños que conforman el panorama general de la economía sea su creciente preocupación por las estadísticas agregadas, que muestran mucha mayor estabilidad que las modificaciones de detalle. Sin embargo, la estabilidad comparativa de los agregados no puede ser explicada —como tienden a hacer los estadísticos— por la ‘ley de los grandes números’ o por la compensación mutua de los cambios aleatorios. El número de elementos con que debemos

trabajar no es tan grande como para que esas fuerzas accidentales produzcan estabilidad. El flujo continuo de bienes y servicios se mantiene mediante ajustes continuos y deliberados, mediante nuevas disposiciones que se toman diariamente a la luz de circunstancias desconocidas el día anterior, mediante el plan B una vez falla el plan A. Incluso una planta grande y altamente mecanizada se mantiene en funcionamiento debido al ambiente en el que puede satisfacer todo tipo de necesidades inesperadas —tejas para el techo, papel de carta en diversas formas— y del que puede extraer los centenares de equipos que no puede producir por sí misma y que sus planes de operación exigen estén disponibles en el mercado.

En este punto, quizá también debería mencionar brevemente que la clase de conocimientos que me interesan es de tal género que, por su naturaleza, no se pueden registrar en las estadísticas y que, por tanto, no se pueden transmitir a ninguna autoridad central en forma estadística. Las estadísticas que debe utilizar dicha autoridad central abstraen las diferencias pequeñas entre las cosas, agregando —como recursos de una solo clase— rubros que difieren en cuanto a su localización, calidad y otros detalles particulares en aspectos que podrían ser muy significativos para una decisión específica. De modo que la planificación central basada en información estadística no puede tener en cuenta directamente, por la naturaleza de los datos, las circunstancias de tiempo y lugar, y que el planificador central debé encontrar algún medio para que las decisiones que dependen de esos datos queden en manos 'de la persona que debe responder en el lugar y en el momento precisos'.

Si coincidiéramos en que el problema económico de la sociedad es, ante todo, el problema de la rápida adaptación a los cambios de las circunstancias particulares de tiempo y lugar, concordaríamos en que las decisiones últimas deben quedar en manos de las personas familiarizadas con esas circunstancias, por cuanto conocen directamente los cambios relevantes y los recursos inmediatamente disponibles para enfrentarlos. No podemos esperar que este problema se pueda resolver transmitiendo todo el conocimiento a una junta central que luego lo integre y emita las órdenes respectivas. Debemos resolverlo mediante alguna forma de descentralización. Pero esto sólo resuelve una parte del problema. Necesitamos la descentralización porque sólo así podemos garantizar que el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar se utilice oportunamente. Sin embargo, la 'persona que debe responder en el lugar y en el momento precisos' no puede decidir basado exclusivamente en su profundo pero limitado conocimiento de los hechos de su entorno inmediato. Aun resta el problema de transmitirle la información

adicional que necesita para que sus decisiones se ajusten al patrón general de los cambios del sistema económico más general.

¿Qué tantos conocimientos necesita para tener éxito? ¿Cuáles de los eventos que ocurren más allá del horizonte de su conocimiento inmediato son relevantes para su decisión inmediata, y cuáles de ellos necesita conocer?

Es difícil que lo que sucede en otro lugar *no tenga* ningún efecto sobre la decisión que debe tomar. Per él no necesita conocer esos eventos como tales ni *todos* sus efectos. Para él no importa *por qué* en un momento particular se desean más tornillos de un tamaño que de otro, por qué hay disponibles más bolsas de papel que costales de lona, o *por qué* el trabajo calificado o algunas máquinas herramientas particulares son más difíciles de obtener en un momento determinado. Lo que es significativo para él es el mayor o menor grado de dificultad para obtenerlos en comparación con otras cosas que también le interesan o el grado de urgencia con que se desean las cosas alternativas que él produce o utiliza. Se trata, siempre, del problema de la importancia relativa de las cosas particulares que le conciernen, y las causas que alteran su importancia relativa no le interesan más allá de su efecto sobre las cosas concretas de su entorno inmediato.

Es justamente a este respecto que lo que he denominado 'cálculo económico' (o lógica pura de la elección) nos ayuda —al menos por analogía— a ver cómo este problema se puede resolver y se resuelve continuamente con el sistema de precios. Aun la mente individual que controla y posee todos los datos de un sistema económico pequeño y autosuficiente no podría desentrañar, cada vez que se tenga que hacer un pequeño ajuste en la asignación de recursos, todas las relaciones entre fines y medios que se vean afectadas. Esta es, de hecho, la gran contribución de la lógica pura de la elección, que ha demostrado en forma concluyente que incluso una mente individual sólo puede resolver este tipo de problemas construyendo y utilizando continuamente algunas tasas de equivalencia (o 'valores' o 'tasas marginales de sustitución'), es decir, atribuyendo un índice numérico a cada clase de recurso escaso, el cual no se puede deducir de ninguna de las propiedades que posee esa cosa particular, pero el cual refleja o puede sintetizar su significado a la luz de la estructura global de fines y medios. En todo cambio pequeño la mente individual sólo debe considerar esos índices (o 'valores') cuantitativos que sintetizan toda la información relevante; y, ajustando las cantidades una a una, esa mente puede reordenar adecuadamente sus disposiciones sin tener que resolver todo el rompecabezas *ab initio* o sin que necesite revisar todas sus ramificaciones en todo momento.

En un sistema en el que el conocimiento de los hechos relevantes está disperso entre mucha gente, los precios pueden servir para coordinar las acciones independientes de las diferentes personas en la misma forma en que los valores subjetivos ayudan a que el individuo coordine las partes de su plan. Vale la pena considerar por un momento un ejemplo muy simple y común de la acción del sistema de precios para ver qué es lo que logra exactamente. Supongan que en algún lugar del planeta surge una nueva oportunidad para usar una materia prima —por ejemplo, el estaño— o que se ha eliminado una de las fuentes de oferta de estaño. Para nuestro propósito no importa, y es significativo que no importe, cuál de esas dos posibles causas lleva a que el estaño sea más escaso. Todo lo que los compradores de estaño necesitan saber es que parte del estaño que solían consumir ahora se emplea más lucrativamente en otra parte y que, en consecuencia, deben economizarlo. No es necesario que la gran mayoría de ellos sepan siquiera donde hay una mayor necesidad de estaño o con qué otras necesidades deben compartir la oferta. Si sólo algunos de ellos se enteran directamente de la nueva demanda y reasignan sus recursos en concordancia, y si las personas que advierten el vacío así creado lo llenan con otros recursos, el efecto se difundirá rápidamente a la totalidad del sistema económico e influirá no sólo en los demás usos del estaño sino también en los de sus sustitutos y en los de los sustitutos de estos sustitutos, en la oferta de las cosas que se fabrican con estaño y en sus sustitutos, y así sucesivamente; todo ello sin que la gran mayoría de quienes intervienen en esas sustituciones tenga la más mínima idea de la causa original de esos cambios. El conjunto actúa como un mercado, no porque algunos de sus miembros inspeccionen todo el terreno sino porque sus campos de visión individuales y limitados se traslapan lo suficiente para que la información relevante se transmita a todos a través de muchos intermediarios. El simple hecho de que haya un precio para cada mercancía —o de que los precios locales se conecten en una forma determinada por los costos de transporte— produce la solución a la que, en teoría, llegaría una mente individual que poseyera toda la información dispersa entre todas las personas que intervienen en el proceso.

Debemos considerar el sistema de precios como un mecanismo que transmite información para que entendamos su función real, una función que, por supuesto, se cumple de modo imperfecto cuando los precios se vuelven más rígidos (aunque pese a que los precios se vuelvan bastante rígidos, las fuerzas que operan a través de las variaciones de precios seguirán operando en alto grado a través de las variaciones en otros términos del contrato). El hecho más significativo acerca de este sistema es la economía de conocimientos con la que opera o, en otras palabras, con cuán poco deben conocer los participantes para emprender la acción correcta. En forma abreviada, mediante algún tipo de símbolos

sólo se transmite la información esencial y únicamente a los interesados. Es más que una metáfora describir el sistema de precios como una maquinaria que registra los cambios o como un sistema de telecomunicaciones que permite que los productores individuales observen únicamente el movimiento de unos pocos indicadores —así como un ingeniero sólo de observar unos pocos diales— para ajustar sus actividades a cambios de los que nunca saben más que aquello que se refleja en los movimientos de precios.

Por supuesto, es probable que esos ajustes nunca sean ‘perfectos’ en el sentido en que los concibe el economista en su análisis del equilibrio. Pero me temo que nuestros hábitos teóricos de enfocar el problema con el supuesto de que casi todos tienen un conocimiento más o menos perfecto nos han vuelto ciegos ante la verdadera función del mecanismo de precios y nos han llevado a aplicar normas erróneas para juzgar su eficiencia. El hecho maravilloso es que, en un caso como el de la escasez de una materia prima, sin que se dé ninguna orden, sin que más de un puñado de personas conozca la causa, decenas o cientos de personas cuya identidad no se conocería luego de muchos meses de investigación hacen un uso más cuidadoso de esa materia prima o de otros productos, es decir, actúan en la dirección correcta. Esto es ya de por sí maravilloso, aunque en un mundo que cambia continuamente no todos actúan tan perfectamente que sus tasas de beneficio siempre se mantengan en el mismo nivel o nivel ‘normal’.

He usado deliberadamente el término ‘maravilloso’ para sacar al lector de la complacencia con la que solemos aceptar el funcionamiento de este mecanismo. Estoy convencido de que si éste fuera el resultado de un diseño humano deliberado, y que si las personas que se guían por los cambios de precios entendieran que sus decisiones tienen un significado que trasciende sus metas inmediatas, este mecanismo sería aclamado como uno de los grandes triunfos de la mente humana. Pero hay un doble infortunio, pues este mecanismo no es el producto de un diseño humano y las personas que se guían por él usualmente no saben por qué hacen lo que hacen. Pero aquellos que claman por una ‘dirección consciente’ —y quienes no pueden creer que algo que ha evolucionado sin un diseño (e incluso sin entender ese algo) deben resolver problemas que no podríamos resolver conscientemente— deberían recordar que el problema es, precisamente, el de cómo ampliar el alcance de la utilización de nuestros recursos más allá del alcance del control de cualquier mente individual y, por tanto, cómo evitar la necesidad de un control consciente y cómo proporcionar incentivos que lleven a que los individuos hagan las cosas deseables sin que nadie tenga que decirles lo que deben hacer.

El problema que enfrentamos no es de ningún modo peculiar a la economía sino que se presenta en casi todos los fenómenos sociales, en el lenguaje y en casi toda nuestra herencia cultural, y constituye el problema teórico central de toda ciencia social. Como dijo Alfred Whitehead a otro respecto, "es un erróneo lugar común, repetido en todos los manuales y por personas eminentes cuando hacen discursos, que deberíamos cultivar el hábito de pensar en lo que estamos haciendo. Lo correcto es exactamente lo contrario. La civilización avanza mediante la ampliación del número de operaciones de gran alcance que podemos realizar sin pensar en ellas". Esto es de gran importancia en el campo social. Hacemos uso continuo de fórmulas, símbolos y reglas cuyo significado no entendemos y a través de cuyo uso disponemos de la ayuda de un conocimiento que no poseemos individualmente. Hemos desarrollado esas prácticas e instituciones a partir de los hábitos e instituciones que han resultado exitosos en su propia esfera y que, a su vez, se han convertido en el fundamento de la civilización que hemos construido.

El sistema de precios es justamente una de esas instituciones que el hombre ha aprendido a utilizar (aunque esté lejos de haber aprendido a usarlo en la mejor forma) luego de haberse enredado en él sin entenderlo. Por su intermedio se ha hecho posible no sólo la división del trabajo sino también la utilización coordinada de los recursos basada en un conocimiento atomizado. Las personas que gustan ridiculizar cualquier sugerencia de que las cosas pueden ser de ese modo distorsionan el argumento insinuando que esto significa que el tipo de sistema que mejor se adecúa a la civilización moderna surgió espontáneamente en forma milagrosa. Pero es al contrario: el hombre pudo desarrollar la división del trabajo en la que se basa nuestra civilización debido a que tropezó con un método que la hizo posible. Si no lo hubiera hecho así, habría desarrollado un tipo de civilización totalmente diferente, similar al 'estado' de las termitas o algún otro tipo totalmente inimaginable. Todo lo que podemos decir es que aún nadie ha tenido éxito para diseñar un sistema alternativo que pueda mantener ciertos rasgos del sistema existente que son bien vistos incluso por aquellos que lo atacan más violentamente, en particular, el grado en que los individuos pueden elegir sus propósitos y usar libremente sus propios conocimientos y capacidades.

Es afortunado en muchos sentidos que el debate sobre la necesidad imprescindible del sistema de precios para cualquier cálculo racional en una sociedad compleja ya no se libre totalmente entre bandos que sostienen visiones políticas diferentes. La tesis de que sin el sistema de precios no podríamos mantener una sociedad basada en una división del trabajo tan amplia como la nuestra fue recibida con expresiones de ironía cuando fue planteada inicialmente por Von Mises, hace 25 años. Hoy en

día, las dificultades que algunos tienen para aceptarla han dejado de ser ante todo políticas, y esto hace que el ambiente sea mucho más favorable para una discusión razonable. Cuando vemos que León Trotsky sostiene que "el cálculo económico es impensable sin relaciones de mercado", que el profesor Oscar Lange promete erigir a su colega Von Mises una estatua en los pasillos marmóreos de la futura Junta Central de Planificación y que el profesor Abba Lerner redescubre a Adam Smith y subraya que la utilidad esencial del sistema de precios consiste en que induce al individuo, a hacer lo que es de interés general mientras persigue su propio interés, las diferencias ya no se pueden atribuir a prejuicios políticos. Las divergencias que aún subsisten parecen obedecer claramente a diferencias puramente intelectuales y, más particularmente, a diferencias metodológicas.

Una reciente afirmación de Joseph Schumpeter, en su libro *Capitalismo, socialismo y democracia*, ilustra claramente una de las diferencias metodológicas que tengo en mente. Su autor sobresale entre los economistas que estudian los fenómenos económicos a la luz de cierta vertiente del positivismo. Para él, esos fenómenos aparecen como cantidades objetivas de mercancías que se afectan mutuamente en forma directa, al parecer sin intervención de la inteligencia humana. Sólo a partir de este antecedente puedo explicar el siguiente pronunciamiento, para mí sorprendente. El profesor Schumpeter afirma que la posibilidad de un cálculo racional en ausencia de mercados de factores de producción se deduce, para el teórico, "de la proposición elemental de que cuando los consumidores valoran (demandan) los bienes de consumo, también valoran, *ipso facto*, los medios de producción que entran en su producción".¹ Tomado en forma literal, este pronunciamiento es simplemente falso. Los consumidores no hacen nada de eso. Con el término *ipso facto*, el profesor Schumpeter quizá quiere dar a entender que la valoración de los factores de producción viene implicada o se deduce necesariamente de la valoración de los bienes de consumo. Pero esto tampoco es correc-

-
- 1 Schumpeter [1942, 175]. Creo que el profesor Schumpeter es también el autor original del mito de que Pareto y Barone 'resolvieron' el problema del cálculo económico en el socialismo. Lo que ellos y muchos otros hicieron fue, simplemente, establecer las condiciones que debe satisfacer una asignación racional de los recursos y plantear que eran esencialmente idénticas a las condiciones de equilibrio de un mercado competitivo. Esto es algo totalmente distinto de demostrar que la asignación de recursos que satisface esas condiciones se materializa en la práctica. Pareto mismo (de quien Barone tomó prácticamente todo lo que dijo), lejos de pretender que había resuelto el problema práctico, en realidad niega en forma explícita que se pueda resolver sin ayuda del mercado. Ver Pareto [1927, 233-34] El pasaje relevante se cita en Hayek [1940, 125].

to. La implicación es una relación lógica que sólo tiene significado en el caso de proposiciones que se presentan simultáneamente a una misma y única mente. Es evidente, sin embargo, que los valores de los factores de producción no dependen únicamente de la valoración de los bienes de consumo sino también de las condiciones de oferta de los diversos factores de producción. Sólo una mente que conociera simultáneamente todos esos hechos tendría la respuesta que se deduce necesariamente de los hechos que le están dados. No obstante, el problema práctico surge precisamente por que esos hechos no son nunca dados a una mente individual y porque, en consecuencia, es necesario que en la solución del problema se utilice el conocimiento que está disperso entre muchas personas.

Así, el problema no se resuelve de ningún modo si podemos demostrar que todos los hechos —*si* fueran conocidos por una mente individual (como hipotéticamente suponemos que son dados al economista observador)— determinan unívocamente la solución; debemos demostrar, en cambio que se produce una solución mediante la interacción de muchas personas que poseen un conocimiento apenas parcial. Suponer que todo el conocimiento es dado a una mente individual de la misma manera que suponemos que está dado a nosotros en cuanto economistas explicativos es dejar de lado el problema e ignorar todo lo que es importante y significativo en el mundo real.

El hecho de que un economista de la talla del profesor Schumpeter haya caído en la trampa en que la ambigüedad del término '*datum*' hace caer a los incautos difícilmente puede explicarse como un simple error. Indica, por el contrario, que hay algo fundamentalmente erróneo en el enfoque que habitualmente ignora una parte esencial de los fenómenos que debemos considerar: la inevitable imperfección del conocimiento humano y la consiguiente necesidad de un proceso de adquisición y transmisión continuas del conocimiento. Cualquier enfoque, como el de buena parte de la economía matemática con sus ecuaciones simultáneas, que parta del supuesto de que el conocimiento de las personas corresponde a los hechos objetivos de la situación, deja de lado sistemáticamente aquello que debemos explicar. Estoy lejos de negar que, en nuestro sistema, el análisis del equilibrio tiene una útil función por cumplir. Pero cuando se llega al punto en que algunos de los más importantes economistas creen erróneamente que la situación que describe tiene pertinencia directa para resolver los problemas prácticos, es hora de recordar que el análisis del equilibrio no se refiere en absoluto al proceso social y que no es más que una fase preliminar en el estudio del problema principal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hayek, Friedrich. 1940. "Socialist Calculation: the Competitive 'Solution'", *Economica* VIII, 26, nueva serie.
- Pareto, Wilfredo. 1927. *Manuel d'économie pure*, segunda edición, Giard, París.
- Schumpeter, Joseph. 1942. *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper and Bros, Nueva York.